

GANDHI: LA INDIA

Juan Miguel de Mora

**PROCURADURÍA GENERAL DE LA REPÚBLICA
MÉXICO 1998**

Jorge Madrazo Cuéllar

Procurador General de la República

José Luis Ramos Rivera

Subprocurador de Coordinación General y Desarrollo

Eduardo Ibarrola Nicolín

Subprocurador Jurídico
y de Asuntos Internacionales

Everardo Moreno Cruz

Subprocurador de Procedimientos Penales "A"

Alfonso Navarrete Prida

Subprocurador de Procedimientos Penales "B"

Mariano Francisco Herrán Salvatti

Fiscal Especial
para la Atención de Delitos contra la Salud

Luis Raúl González Pérez

Subprocurador Especial del Caso Colosio

Javier Patiño Camarena

Fiscal Especial
para la Atención de Delitos Electorales

Juan Manuel Izabal Villicaña

Oficial Mayor

Walter Beller Taboada

Director General de Prevención del Delito
y Servicios a la Comunidad

José Antonio García Ocampo

Director General de Constitucionalidad
y Documentación Jurídica

GANDHI: LA INDIA

Juan Miguel de Mora



PROCURADURÍA
GENERAL DE LA REPÚBLICA
MÉXICO 1998

PASEO DE LA REFORMA NORTE, No. 75, COL. GUERRERO, 06300 MÉXICO, D. F.

P R E S E N T A C I Ó N

El 30 de enero de 1948 murió asesinado el mártir de la no-violencia. Un hombre que, como todos, vivió en su circunstancia, pero que trascendió con su pensamiento y con sus obras hasta alcanzar el nivel privilegiado de la universalidad humana. Gandhi es, así, nuestro contemporáneo y un paradigma del siglo XX. La *Declaración sobre el derecho de los pueblos a la paz*, proclamada el 12 de noviembre de 1984, que establece solemnemente que todos los pueblos de la tierra tienen este derecho y cuya realización es una obligación de todos los Estados, constituye uno de los ecos más significativos del hombre que es insignia de la no-violencia.

La Procuraduría General de la República, atenta siempre a defender el valor de la justicia y de la paz, conmemoró el 30 de enero de 1998 los *Cincuenta años de la desaparición física de Gandhi* con la realización de una conferencia magistral y con una exposición de fotografías y pensamientos de Gandhi. La exposición fue inaugurada por la excelentísima embajadora de la India en México, señora Chokila Iyer. La conferencia magistral, que aquí se reproduce, fue impartida por el doctor Juan Miguel de Mora en el “Auditorio México” de la Procuraduría General de la República.

El doctor Juan Miguel de Mora es actualmente investigador de carrera en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México y profesor de Literatura Sánscrita de la India en la Facultad de Filosofía y Letras de la misma Universidad.

En 1982 fue profesor visitante en el Departamento de Sánscrito de la Facultad de Letras de la Universidad de Delhi, capital de la India, y en el mismo año profesor visitante en la Universidad de Gurukula Kangri en Hardwar, Uttar Pradesh, India. En 1988 fue contratado por la Universidad de Sao Paulo, Brasil, como profesor visitante en el Departamento de Lengua y Literatura Sánscritas e invitado

a formar parte del jurado que examinó al primer doctor en lengua y literatura sánscritas de América Latina, don Carlos Alberto Da Fonseca.

En 1994 fue profesor huésped para un curso de doctorado en la Universidad de Salamanca y dictó varias conferencias en la Universidad de Navarra, en Pamplona, ambas en España.

Por otra parte, en 1981, durante la V Conferencia Mundial de Sánscrito, celebrada en Varanasi (Benarés), India, con asistencia de unos dos mil congresistas, fue elegido vicepresidente de la *International Association of Sanskrit Studies* (Asociación Internacional de Estudios Sánscritos), perteneciente a la UNESCO, bajo el estatuto B. Fue reelecto al cargo en la VI Conferencia Mundial, celebrada en Filadelfia, E. U. A., en 1983, una vez más, en la VII Conferencia que tuvo lugar en 1987 en Leiden, Holanda, y también en la VIII Conferencia en Viena, Austria.

En Melbourne, Australia, en 1994, durante la IX Conferencia Mundial de Sánscrito, se cambiaron los estatutos, se eliminaron las vicepresidencias de IASS y se crearon, en su lugar, las direcciones regionales. En esa ocasión el doctor de Mora fue elegido Director Regional para América Latina, puesto que ocupa a la fecha, pues fue ratificado en la X Conferencia en Bangalore, India, en enero de 1997.

El doctor De Mora es también miembro honorífico de la *Kalidasa and Max Müller Sanskrit Society*, con sede en Ghaziabad, India, y miembro activo de la *Association Française pour les Études Sanskrites*, radicada en París, Francia. Asimismo, es miembro del Comité Internacional de la *Vishwa Bharatiya Sanskriti Sansthan de Delhi, India*. Funge como miembro del consejo asesor de la revista especializada en estudios védicos *Vedic Path de la Universidad de Gurukula Kangri* (India) y del *International Journal of Hindu Studies*, publicado en Ottawa, Canadá. Finalmente, es miembro del consejo editor y colaborador de la *International Encyclopaedia of Indian Literature* y colaborador de la *Encyclopaedia of the Hindu World*, ambas publicadas en Delhi, India.

Entre sus publicaciones se encuentran las siguientes:

- *La filosofía en la literatura sánscrita*, UNAM, México, 1968.
- *El Rig Veda* (traducción directa del sánscrito de 126 himnos, introducción y notas, con la colaboración de Ludwika Jarocka), Colección Cien del Mundo, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1989.
- *El último lance de Rama* (traducción directa del sánscrito y edición bilingüe del *Uttararamacarita* de Bhavabhuti, con la colaboración de Ludwika Jarocka), Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, México, 1984.
- *Trantrismo hindú y proteico*, Coordinación de Humanidades, UNAM, México, 1988.

También es autor de una obra que supone una aportación a la historia de la Filosofía, *The Principle of Opposites in Sanskrit Texts*, publicada por la Pandit Rampratap Shastri Charitable Trust, Beawar (Rajasthan), India, 1982, y publicada en México bajo el título *La dialéctica en el Rig Veda*, en la Colección de Estudios Orientales de la Editorial Diana, 1978.

Un día de fines del siglo XIX, en la colonia británica de África del Sur, un elegante caballero subía a un tren, que debería conducirlo a Pretoria, capital del Transvaal, y, como correspondía al boleto que había pagado, se instaló en un compartimiento de primera clase. Vestía un traje de diez guineas comprado en Bond Street, en Londres, le cubría un sombrero de noventa chelines y portaba un bastón con empuñadura de plata.

Durante una parte del trayecto viajó solo, pero al llegar a la capital de Natal, Pietermaritzburg, otro elegante señor entró en el compartimiento. El caballero que venía en él dirigió una sonrisa al recién llegado pero éste le miró despectivamente, se fue y volvió con el inspector, quien exigió al primero que se fuera al vagón de equipajes. El hombre del bastón con puño de plata tenía la piel de un color distinto a lo que suele llamarse piel blanca y eso le quitaba todo derecho, incluso el de viajar en primera clase en los trenes. El caballero de tez oscura se negó a irse, alegando su legítimo derecho, y un policía corpulento lo arrojó violentamente al andén, junto con su maleta. Maltrecho y golpeado, aquel hombre permaneció toda la noche en la estación, temblando de frío.

Algo más de treinta años después, el mismo hombre, con su misma tez oscura, era invitado a tomar el té en el Palacio de Buckingham, con el rey Jorge V y la reina María. Se presentó ante ellos vistiendo lo que los ingleses llamaban “un taparrabos”, es decir lo que en la India se llama un *dhoti*, calzando sandalias y llevando a la vista un reloj colgante de un dólar, y los soberanos del Imperio Británico le atendieron como correspondía a quien mereció el honor de ser invitado por ellos.

Ese hombre era Mohandas Karamchand Gandhi.

Gandhi nació en el occidente de la India, en una ciudad de la costa, Porbandar (a mitad del camino entre Bombay y Karachi), en el distrito de Gujarat, llamado Kathiawar, el 2 de octubre de 1869. Era el cuarto hijo de una familia perteneciente a la honorable *varna* de los *vaisyas*,

burguesía media de mercaderes o artesanos, y dentro de ella a la casta *bania*. En aquel tiempo la India estaba repleta de pequeños estados o principados regidos por rajás o nababs, unos hinduistas y otros islámicos, todos ellos con autoridad de vida y muerte sobre sus súbditos y la mayoría con obediencia servil hacia los ingleses. En Porbandar, y éste es un hecho importante que los biógrafos occidentales de Gandhi suelen ignorar, abundaban los jainas, devotos de la religión de Mahavira Vardhamana, contemporáneo de Buda y el último de los *Tirthankaras* según esa creencia. Y esos jainas eran muy respetados, numerosos e influyentes.

Porbandar, con una población en aquel tiempo de alrededor de setenta y dos mil habitantes, era uno de aquellos minúsculos reinos, en el cual el padre de Gandhi fue varias veces primer ministro del rajá. La familia, hinduista y devota, vivía muy desahogadamente, con varias casas (una en Porbandar, otra en Rajkot y una más en Kutiana), y Mohandas tuvo aya y otros beneficios de una niñez acomodada.

En la escuela primaria, Mohandas fue un niño tímido, mal alumno y estudiante mediocre, según él mismo reconoce en sus memorias. Lo que recuerda a otro niño nacido diez años después que Gandhi y en tierras, ambiente y circunstancias completamente distintas, a quien sus maestros consideraban retrasado e incapaz porque también era tímido y nunca respondía velozmente a las preguntas. Este otro niño retrasado se llamaba Albert Einstein.

Casado a los trece años, cuando estaba en segundo año de secundaria, según la costumbre de su medio y de su época, con una novia de su misma edad, Gandhi escribiría más tarde sobre, cito, “la cruel costumbre del matrimonio entre niños”, que ya de grande combatiría con toda su voluntad. Conforme a la costumbre hindú, que muchas familias conservan, de vivir juntos los padres con los hijos, las esposas de éstos y los nietos, ni Mohandas ni Kasturbai, su esposa, tenían que preocuparse por el alojamiento o los alimentos.

Cuando llegó el momento de estudiar una carrera, Gandhi obtuvo el permiso familiar para ir a estudiar Derecho en Inglaterra, previo juramento de no probar bebidas alcohólicas ni carne y no caer en las tentaciones del sexo.

Ya convertido en abogado, vistiendo como un británico y muy influenciado por la vida en Inglaterra, Gandhi regresa a la India en 1891. Su comienzo como abogado fue difícil porque tenía dos graves inconvenientes para ejercer esa profesión: era tímido y honrado.

Fue entonces cuando se produjo un acontecimiento decisivo en su vida: un hombre de negocios musulmán le contrató por un año para que fuese a Sudáfrica a defender como abogado a un comerciante de Kathiawar que vivía en aquella colonia británica. En África del Sur había una gran comunidad de hindúes, tanto hinduistas como musulmanes, que habían sido llevados a la región desde 1860 para los cultivos de azúcar, té y café, propiedad de los ingleses, como trabajadores con contratos de aprendizaje. De hecho eran siervos por un periodo de cinco años al cabo del cual se les pagaba el regreso a la India. Pero muchos de ellos preferían quedarse ya como hombres libres y la comunidad aumentaba sin cesar. Los británicos se alarmaron y en 1894 cambiaron los reglamentos: o regresaban a los cinco años o quedaban como siervos toda su vida.

Gandhi se encontró un país en el que la discriminación contra los hindúes era general de parte de los ingleses y los colonos holandeses llamados *boers*, y se manifestaba en todas las formas posibles: fue allí donde tuvo lugar la expulsión del vagón de primera y donde fue expulsado también de la sala de un tribunal por no quitarse el turbante. Llevaba levita y turbante negro, el juez le ordenó quitárselo, Gandhi se negó a hacerlo y se fue. Pero escribió a los periódicos explicando lo que había hecho y porqué, y esto hizo que la gente se fijase en él.

En Sudáfrica los hindúes eran tratados como culis y los llamaban despectivamente *sammys*. Esta palabra es una corrupción de una palabra tamil, *swami*, que significa “amo”.

En Natal un hindú necesitaba un pase especial para salir a la calle después de las nueve de la noche; en el Estado Libre de Orange, república de los *boers* holandeses, la ley prohibía a los hindúes poseer propiedades, dedicarse al comercio o cultivar la tierra. En Zululandia se les prohibía comprar o poseer tierra, en Transvaal, además de lo anterior, tenían que pagar tres libras por el permiso de residencia, y en algunas partes de la Colonia del Cabo se prohibía a los hindúes caminar por las aceras. A Gandhi mismo lo echaron una vez de la banqueta.

Pese a todo, sostuvo una lucha legal y tenaz contra los ferrocarrileros y en 1893 logró que un hindú ganase un pleito a la compañía por haber sido expulsado de un tren.

Gandhi resolvió el caso legal que le había llevado a Sudáfrica con un arbitraje que satisfizo a todas las partes. Había llegado el momento de regresar a la India, su patria. Ya listo todo para el retorno, su amigo Dada Abdullá organizó, en abril de 1894, un banquete en su honor para despedirle. Con sólo un día de diferencia en la promulgación de una ley y, por lo tanto, en la publicación de la noticia, la vida de Gandhi habría cambiado.

Pero durante el banquete leyó en un diario que la Asamblea Legislativa de Natal había retirado el voto a los hindúes. “Gandhi convirtió el banquete en un mitin político —explica George Woodcock— y antes de terminar éste se había formado ya un comité, se habían recaudado fondos y Gandhi había decidido quedarse en Sudáfrica y dirigir la lucha”.

En plena lucha gandhiana por los derechos de los hindúes, en 1906 se promulgó una ley en el Transvaal que les obligaba a inscribirse en un registro especial en el que se les tomaban las huellas dactilares, permitía a la policía entrar sin orden legal en los hogares hindúes y otras disposiciones que comprendían también a las mujeres.

Para enfrentarse a esta Ley del Registro, Gandhi concibió la *satyagraha*, vocablo formado por dos palabras sánscritas, *satya*, verdad, y *agraha*, presa, agarre. Agarrar

con la verdad. Fue en esos años de lucha en África del Sur en defensa de la dignidad humana cuando Gandhi fue elaborando en la teoría y en la práctica la *satyagraha*, que podríamos traducir, aproximadamente, por “la fuerza de la verdad” o “la presión de la verdad”. Pero la verdad para Gandhi no era sólo no mentir, no únicamente era decir siempre la verdad, sino mucho más que eso: era vivir en la verdad, **hacer** la verdad en la vida y en torno a uno mismo. Y con la sola fuerza de la verdad se puede llevar a cabo la lucha no violenta, según demostró Mohandas.

La idea de Gandhi era encontrar un justo medio entre la resistencia pasiva, que le parecía algo negativo y débil, y la desobediencia civil, que implicaba un desafío. El *satyagrahi* o militante de la *satyagraha* no temía a la violencia, pero renunciaba deliberadamente a ella. Se intentaba convencer al oponente, al que nunca tendría como enemigo, con el ejemplo del sufrimiento libremente aceptado y el arreglo tendría que ser satisfactorio para las dos partes. Pero sobre los métodos de lucha de Gandhi volveremos más adelante.

Gandhi convocó a los hindúes a un mitin en el Empire Theatre de Johannesburgo, el 11 de septiembre de 1906, en el cual apareció ya el principio del gran Gandhi, porque sin timidez alguna exhortó a los hindúes de ambas religiones a una lucha contra esa Ley del Registro, les habló de una acción sin violencia y les animó a que defendieran sus derechos.

Las autoridades sudafricanas hicieron varias veces promesas que violaron y en agosto de 1908 más de tres mil hindúes quemaron sus tarjetas de registro ante la mezquita de Johannesburgo. Gandhi había visitado la cárcel por primera vez en enero del mismo año y volvió a ella varias veces.

Pero faltaba aún la última y más agresiva provocación: el Tribunal Supremo de Sudáfrica declaró inválidos todos los matrimonios musulmanes, parsis e hinduistas, es decir, todos los que no fuesen cristianos. Gandhi pasó de la

oposición pasiva al desafío activo, aunque sin violencia física. Organizó una huelga de mineros y una movilización de mujeres de tal envergadura que por el número de encarceladas se creó el caos en las prisiones. Gandhi fue arrestado con dos mil manifestantes; la huelga se extendió a las plantaciones; el gobierno, desesperado, acudió a la violencia, a los balazos y a los golpes.

Los mineros muertos y los heridos dieron el triunfo a Gandhi mientras el mundo entero condenaba los excesos del gobierno sudafricano. Rindiendo un tributo a los mineros hindúes muertos por la policía, Gandhi dejó para siempre la ropa europea, se afeitó la cabeza, se puso un *dhoti* y una túnica y jamás volvió a vestirse como los ingleses.

En 1914 se aprobaba el Acta de Desagravio Hindú, que reconocía los matrimonios de las diferentes religiones de la India, derogaba el impuesto sobre el derecho de voto y concedía otras peticiones de los hindúes. En toda esta larga lucha, Gandhi no había ordenado ni aprobado un solo acto ofensivo ni menos agresivo.

Los adversarios de Gandhi en África del Sur fueron Louis Botha, primer ministro, y muy especialmente Jan Christian Smuts, ministro de Economía y Defensa, ambos *boers*. El primero hizo en enero de 1907 una promesa electoral: “Si mi partido sigue en el poder nos dedicaremos a sacar a los culis del país en cuatro años”. Pero los culis eran más de cien mil hindúes que habían fincado sus vidas en Sudáfrica. Por su parte, Smuts comenzó despreciando a Gandhi, negándose a tratar con él, encarcelándolo y haciendo promesas que no cumplía, pero acabó vencido por él.

Veintiún años duró la valiente y heroica lucha en Sudáfrica de Mohandas, lucha que incluyó un intento de linchamiento en su contra y varios encarcelamientos, pero que salvó los derechos de los hindúes en ese país. Años más tarde, en 1939, el abogado y general Smuts devolvió a Gandhi unas sandalias que éste hizo en la cárcel sudafricana y que le había regalado en 1914, y se las mandó con estas palabras: “He usado estas sandalias muchos veranos desde

entonces, aun cuando debo sentir que no soy digno de pararme en el calzado de un hombre tan grande”.

La victoria de la contienda entre ambos fue de Gandhi, pero la verdad es que Jan Christian Smuts pudo haber sido un dictador capaz de ordenar disparar contra Gandhi en cualquiera de las manifestaciones que encabezó o hasta condenarle a muerte y ejecutarle. Nada de eso hizo.

Honor a quien honor merece.

En 1915 Mohandas Gandhi regresó a la India, donde era conocida su lucha en Sudáfrica por los derechos humanos de los hindúes. Ya comenzaba a ser *Gandhiji*. El sufijo *ji* dado en la India a cualquier nombre significa una muestra de afecto y de respeto. Y algún tiempo después Rabindranath Tagore (Premio Nobel de Literatura en 1913) le otorgó el título de *Mahatma*, Gran Alma o “Alma Grande”.

Además de las cuatro *varnas* de brahmanes, chatrias, *vaisyas* y *sudras* (originadas por el nacimiento), que a su vez se subdividen en unas cinco mil castas o *jatis*, había en la India, y persiste en algunos lugares lejanos de la enorme península, la quinta categoría, los intocables, parias o *chandalas*. Los intocables proceden, teóricamente, de padres desconocidos, de uniones adulterinas o de mezcla de *varnas* altas con las más bajas. Pero como el hijo de intocables lo es también, los intocables vienen a ser, desde hace siglos, simplemente hijos de intocables.

Según el *Manavadharmasastra*, más conocido como “Leyes de Manu”, cuyo origen es muy antiguo y su texto actual es de 200 años antes de nuestra era, el *chandala* es “el último de los mortales”, como “producido por las razas mezcladas”, y de los *chandallas* surgen clases “todavía más abyectas y más viles”. Siendo el *sudra* la cuarta *varna*, la de los trabajadores, matar un *sudra*, según las “Leyes de Manu”, conlleva la misma penitencia que matar una rana. Pero los intocables estaban por debajo de cualquier animal y matar a uno de ellos no era delito. Esto en la antigüedad. Ya en tiempos de Gandhi los intocables estaban —y están aún en ciertas partes— dedicados a las tareas más bajas

como, por ejemplo, la limpieza de letrinas. Gandhi se enfrentó rotunda y valientemente al sistema de castas, llamó a los intocables *harijans*, que significa “hijos de Dios”, y él mismo limpió letrinas muchas veces para probar que ningún trabajo es vergonzoso. En 1915 fundó en Ahmedabad el *Satyagraha Ashram*, en el que estaba prohibida la propiedad privada, la ropa extranjera y las comidas con especias, y admitió en él a los intocables. Y durante el resto de su vida nunca dejó de luchar por los derechos de ellos, a la par con sus demás actividades. Llegando, como veremos más adelante, a llevar a cabo un ayuno que estuvo a punto de costarle la vida.

La mejor prueba de que la lucha de Gandhi no fue en vano la encontramos en el hecho de que, aunque existan todavía ciertas reticencias en algunos sectores, no solamente las castas están abolidas por la ley, sino que hoy el mismo Presidente de la India es un intocable.

Cabe señalar que el sistema de castas está en contra de la esencia misma del hinduismo, que establece que el alma, *atman*, sufre diversas encarnaciones hasta que, con un buen *karma*, se une a Dios. Dentro de la religión hinduista, establecida básicamente en los *Upanisads*, no hay diferencias ante Dios, ni de las almas ni de los hombres, aunque la *Bhagavad Gita* diga que “cada hombre debe cumplir su propio *dharma*, aunque sea imperfecto, antes que el de otro, aunque sea superior” (B. G. III, 35). Pero esto sería motivo de desarrollar un tema ajeno al que hoy nos ocupa. Lo que quiero subrayar es que de ninguna manera deja Gandhi de ser hinduista por combatir el sistema de castas, cuyo origen no se conoce y que no existía en la sociedad rigvédica, aunque sus remotos creadores reinterpretasen a su modo el simbolismo del *Purusa Sukta*. (En el Rig Veda, Mandala X, el himno 98 habla de dos hermanos, Santanu y Devapi, de los que uno era sacerdote y el otro guerrero).

La lucha social, el interés en el bienestar del ser humano y en que se le trate con justicia es siempre una constante en la inquietud y la acción de Mahatma Gandhi, preocupado siempre por los más humildes y los más pobres.

Uno de los episodios cruciales en la vida de Gandhi se inició en diciembre de 1916, durante la Convención Anual del Partido del Congreso de la India, en Lucknow. Un campesino pobre y flaco se acercó a él y le dijo:

—Soy Rajkumar Shukla, soy de Champaran y quiero que vengas a mi distrito.

Durante varios meses Rajkumar tuvo que seguir a Gandhi, que estaba muy ocupado, hasta que Mohandas, impresionado por la tenacidad del otro, acudió, ya en 1917, a Champaran, que está en el Estado de Bihar, cerca del Nepal.

Gandhi se puso a investigar en el lugar de los hechos: más de un millón de campesinos cultivaban tierras rentadas a los ingleses. En el 85 por ciento del campo que rentaba cada uno podía sembrar lo que quisiera (trigo, arroz, maíz, etc.) pero en el quince por ciento estaba obligado a sembrar añil (planta arbustiva que produce el colorante llamado índigo) y entregar la cosecha al propietario británico en calidad de renta. Y todo fue muy bien hasta que en los primeros años de este siglo se desarrolló en Alemania el índigo sintético y se hundió el mercado del índigo natural. Entonces los terratenientes ordenaron a los medieros que no sembrasen añil y aumentaron la renta basados en una reglamentación antigua que decía que si el campesino no quería sembrar añil se le subiría la renta. Pero no eran los campesinos, sino los propietarios quienes ordenaban no sembrar añil. Los campesinos supieron del índigo artificial y por qué los latifundistas ya no querían que sembrasen añil y se manifestaron contra la elevación desmedida de las rentas.

La respuesta de los propietarios ingleses fue violenta: represión a golpes, ganado confiscado, viviendas saqueadas y otras agresiones. Todo ello había comenzado en 1912 y bajo tales presiones varios miles de campesinos, impotentes, firmaron los contratos con las rentas elevadas.

Cuando Gandhi investigaba por la región la policía le ordenó que saliera inmediatamente de Champaran. Gandhi firmó el recibo de la orden pero al reverso añadió que no la obedecería. Al día siguiente fue llevado al Tribunal. Los campesinos se habían enterado de que Gandhi había ido a ayudarles y estaba siendo juzgado y una multitud llenó todos los alrededores. Era tal la muchedumbre que la policía pidió a Gandhi que les ayudase a controlarla, lo que hizo de muy buena gana. Ante la Corte de Justicia Gandhi se declaró culpable:

—Es verdad —dijo—, soy culpable de haber desobedecido la orden de salir de Champaran pero no por falta de respeto a la autoridad, sino obedeciendo una ley más elevada, la voz de la conciencia. Pero como culpable, debo ser condenado a la pena que señale la ley.

El juez dijo que anunciaría la sentencia después de dos horas y que hasta entonces quedaría libre bajo una fianza ridícula por lo baja. Pero Gandhi se negó a pagar la fianza. El juez decretó, en vista de eso, que Gandhi quedaba en libertad sin fianza y que se conocería posteriormente el veredicto. Poco tiempo después, por orden de autoridades superiores, el caso fue sobreseído y Gandhi, diciendo que la desobediencia civil había triunfado por primera vez en la India, explicó:

—Lo que hice fue muy normal. Declaré que los británicos no podían darme órdenes en mi propio país.

Lo que no fue nada normal en la India de aquel tiempo.

Lo más importante fue que el vicegobernador de Bijar ordenó que se archivase el expediente del proceso a Gandhi, se abrió una investigación oficial sobre el problema en la que participaron Mohandas y su gente y al final los campesinos triunfaron y no sólo les bajaron las rentas, sino

que los latifundistas se vieron obligados a devolver parte del dinero que habían conseguido por las amenazas y el terror.

Gandhi no luchaba solamente por la libertad de la India, sino también por la libertad interior de cada hindú y por la justicia social. Predicaba el autocontrol, condenaba el consumo de alcohol y cualquier exceso, propagaba la limpieza en todos los aspectos, personal, de la vivienda, etc. Combatía también la comida con especias que dañan al estómago, así como el abandono de las lenguas vernáculas y la suciedad de las ciudades y de los templos, y atacaba la ostentación de los maharajas luciendo joyas adquiridas con el trabajo de los campesinos, exigiendo una autodisciplina muy rígida en sus seguidores más inmediatos.

El 13 de abril de 1919 tuvo lugar una de las matanzas más grandes en la historia de la India y una de las mayores vergüenzas en la de Inglaterra: el general brigadier Reginald E. H. Dyer, oficial regular del ejército británico, acompañado de sus tropas (25 soldados *gurkha* nepaleses y 25 *baluchis* de Baluchistan, armados con rifles, 40 *gurkhas* más, armados con cuchillos y dos carros blindados), llegó ante una multitud desarmada que celebraba un mitin y en la que abundaban mujeres y niños. Sin aviso alguno Dyer ordenó fuego a discreción. El lugar era, en Amritsar, *Jallianwalla Bagh*, un área rectangular rodeada de muros y sin salida. Dyer ordenó varias veces cambiar la dirección del fuego y disparar a donde había mayor aglomeración.

El resultado fue de 379 muertos y 1137 heridos, muchos de ellos graves. Se dispararon 1650 balas en total y se causaron 1516 bajas. Solamente 134 balas no dieron en los cuerpos indefensos de hombres, mujeres y niños.

Hubo una investigación británica y un informe Hunter. Lord Chelmsford, virrey, absolvió a Dyer. Los colonialistas ingleses aplaudieron la matanza.

Gandhi, que hasta entonces, a pesar de todo, había respetado al Imperio Británico, cambió su simpatía por un rechazo categórico. Devolvió dos medallas ganadas en Sudáfrica como camillero durante la guerra de los *boers*

proclamó la no colaboración. Durante varios meses recorrió la India predicando la no colaboración: no pagar impuestos, no consumir licores ni productos británicos, especialmente la ropa que llegaba de los telares ingleses. Cuando pidió en un mitin que no se usara ropa extranjera y le aplaudieron solicitó que los presentes se despojasen de toda vestimenta extranjera y la amontonasen frente a él. Y Gandhi prendió fuego al montón, suplicando a todos que hilaran y tejieran su propia ropa. Y toda la India siguió el ejemplo. La economía británica se vio muy gravemente afectada.

En Bardoli, estado cercano a Bombay, ordenó huelga de pago de impuestos y tras una interrupción de años, debida a la muerte de unos policías (Gandhi no apoyaba jamás ningún movimiento que causara víctimas), se llevó a cabo con un éxito total.

El 26 de enero de 1930, año crucial en la lucha de Gandhi por la libertad de su patria, el Mahatma publica una Declaración de Independencia India, en la que, tras proclamar los derechos humanos, decía:

La dominación de la India por los británicos no sólo ha privado de la libertad al pueblo hindú, sino que se ha basado en la explotación de las masas y ha arruinado a la India política, cultural y espiritualmente.

Pero una de las mayores victorias de Gandhi fue la del impuesto sobre la sal. La sal, artículo de primerísima necesidad en el clima de la India, estaba gravada con un impuesto que, en el caso de los campesinos, equivalía a los ingresos de tres días al año. Y los impuestos en general eran más gravosos para los pobres que para los ricos, según expresó Gandhi en una carta al virrey, Lord Irwin, en la que, además, decía que consideraba al gobierno británico como una maldición para la India porque:

Ha empobrecido a los millones mudos, por un sistema de explotación progresiva y por una costosa administración

civil y militar ruinoso, que el país no puede permitirse nunca. Nos ha reducido políticamente a la servidumbre. Ha agotado los fundamentos de nuestra cultura.

Pedía al virrey que atendiese sus ruegos pero el virrey ni siquiera le contestó, aunque Gandhi le avisaba que desobedecería lo establecido por la ley de la sal, dándole la fecha: 11 de marzo de 1930.

Después de orar el 11, el día 12 Mahatma Gandhi y 78 hombres miembros de su *ashram*, salieron caminando hacia el mar. En aquel entonces tenía 61 años y caminó cada día entre veinte y veinticinco kilómetros, llegando al mar, en Dandi, el 5 de abril. Pero no llegaron al mar 79 hombres, sino varios millares que se les unieron en las aldeas y lugares por los que pasaban. Gandhi tomó un puñado de sal de la playa y con ello violó la ley inglesa que hacía un delito por la posesión de sal no comprada en el monopolio del gobierno. Había caminado trescientos ochenta y ocho kilómetros en veinticuatro días para desafiar al Imperio Británico.

La India en pleno se lanzó a la batalla de la sal. A lo largo de las playas todo el mundo producía sal. En el local del Partido del Congreso se vendía sal. Muchos miles de hindúes fueron a la cárcel, entre ellos Jawaharlal Nehru, sentenciado a seis meses de prisión, y Kishorlal Mashruwala, fiel discípulo de Gandhi, a dos años. Más de sesenta mil hindúes fueron encarcelados en todo el país. La India ardía en cólera, pero pacíficamente, sin agredir. Los hindúes sabían, por experiencias anteriores, que si agredían a un policía, a un inglés o a cualquiera, Gandhi interrumpiría la lucha, como hizo antes varias veces, de manera que aguantaban golpes y detenciones sin responder a la violencia.

Y en relación con la sal se produjo uno de los actos más decisivos y más dramáticos y demostrativos de lo que fue la lucha pacífica de Gandhi por la libertad de la India. El Mahatma avisó al virrey que pensaba hacer una incursión con algunos compañeros en las salinas de Dharsana,

240 kilómetros al norte de Bombay, el virrey lo hizo encarcelar.

Fue entonces la señora Sarojini Naidu, poetisa, quien encabezó a los dos mil quinientos voluntarios. Sarojini les dijo que serían golpeados pero que, como lo deseaba Gandhi, no deberían resistirse ni responder a los golpes. Fue en Dharsana donde se vio, con más fuerza que en cualquier otra parte, que para ejercer la no violencia de Gandhi se necesita ser mucho más valiente que para combatir con cualquier clase de armas o en cualquier otra forma.

Cuando Gandhi estaba en Sudáfrica, le conoció Gopal Krishna Gokhale, caudillo nacionalista hindú, quien dijo: “Gandhi tiene en él ese maravilloso poder espiritual que convierte a los hombres ordinarios que lo rodean en héroes y mártires”. En las salinas de Dharsana se vio que Gokhale tuvo la extraordinaria percepción de ver lo que los demás no veían. Dejó el relato de lo ocurrido en las salinas a un testigo presencial, el periodista Web Miller, corresponsal de Prensa Asociada:

En silencio completo los hombres de Gandhi se acercaron y se detuvieron a cien metros de la alambrada. Una columna escogida avanzó, apartándose de la multitud y se aproximó a la cerca de alambre de púas. Los oficiales les ordenaron retirarse, pero ellos continuaron avanzando. Repentinamente, a una orden, veintenas de policías nativos corrieron hacia la columna que avanzaba y dejaron caer una lluvia de golpes sobre sus cabezas, con sus bastones (lathis) guarnecidos de acero. Ninguno de los peregrinos levantó siquiera un brazo para detener los golpes. Cayeron como bolos. Desde donde estaba oí el choque nauseabundo de las cachiporras sobre los cráneos sin protección. La muchedumbre que esperaba gemía e inhalaba con dolor a cada golpe. Los golpeados cayeron abatidos, inconscientes o retorciéndose, con cráneos o clavículas fracturados... Los supervivientes avanzaron silenciosa y obstinadamente, sin

romper las filas, hasta ser derribados. Cuando fue abatida la primera columna avanzó otra. Aunque todos sabían que en pocos minutos serían derribados, que tal vez morirían, no pude percibir una señal de vacilación o temor. Marcharon con las cabezas erguidas, sin el aliento de la música o las aclamaciones, o de alguna posibilidad de escapar del daño o de la muerte. La policía avanzó y abatió en forma mecánica y sistemática la segunda columna. No hubo pelea, no hubo lucha, la columna avanzó nada más hasta que fueron derribados...

Y así siguieron hasta que el último de los *satyagrahi* fue derribado. Algunos murieron, otros quedaron gravemente heridos. Pero en los días sucesivos continuaron las incursiones y los brutales apaleamientos.

El 17 de mayo de 1930 el *Manchester Guardian*, diario inglés, publicaba: "Europa ha perdido por completo su prestigio anterior en Asia".

Recibiendo los golpes y no devolviéndolos, los partidarios de Gandhi habían triunfado.

Pero quizá lo más definitivo para caracterizar a Mohandas Gandhi, gran alma, sea el hecho de que él se jugó la vida en numerosas ocasiones, emprendiendo ayunos que no interrumpía más que cuando había logrado su objetivo. Aunque algunas veces ayunó por penitencia y otras anunció un ayuno de un número determinado de días, voy a referirme solamente a tres de sus ayunos a muerte, de aquéllos en los que de no haber conseguido su objetivo se habría dejado morir.

En Ahmedabad había un problema obrero patronal en la industria textil. Los propietarios eran amigos de Gandhi pero se negaron a aceptar su mediación. Gandhi inició un ayuno a muerte. Los propietarios pudieron haberlo matado con sólo persistir en su actitud, pero no lo hicieron y el conflicto se solucionó.

Mucho más grave fue su ayuno, en 1932, por la cuestión de los intocables, ayuno en el que estuvo a punto

de morir. Resulta que dentro de su tradicional política de crear odios y divisiones entre los pueblos colonizados por ellas, las autoridades británicas habían constituido desde 1909 electorados separados para hinduistas y musulmanes, de modo que un musulmán sólo podía votar por otro de su religión y lo mismo sucedía con los hinduistas, pese a que todos ellos eran hindúes o *indians*, en inglés. Así la diferencia de religión se convirtió en algo decisivo en política. Como apunta acertadamente Fischer, sería como si en Occidente votasen separados los católicos, únicamente por católicos, los protestantes sólo por protestantes, los judíos únicamente por judíos y, supongo, los ateos sólo por ateos. Pero así fue la Inglaterra colonialista.

Y como a los británicos que gobernaban la India lo anterior les pareció poco decidieron crear otro electorado sólo para intocables, a lo que Gandhi se opuso con toda su fuerza, ya que él quería incorporar a los intocables a la vida normal entre los hinduistas, lo que logró finalmente. Pero en aquel tiempo los intocables tenían un líder brillante, doctorado en la Universidad de Columbia en Nueva York (merced a un golpe de suerte y al maharajá de Baroda que le pagó los estudios), el doctor Bhimrao Ramji Ambedkar, que desconfiaba de cualquier cosa que propusiera un hinduista, en razón de los siglos de sufrimiento, desprecio y humillaciones que tuvieron que sufrir los suyos.

El problema se complicó porque, para llegar a la solución que deseaba Gandhi, se requería un acuerdo entre los dirigentes hinduistas del Partido del Congreso, el primer ministro inglés y el doctor Ambedkar. Ya estaba el Mahatma a punto de morir de inanición cuando todas las partes aceptaron arreglos y sacrificaron posiciones con tal de que él no sucumbiera.

Pero el más dramático y extraordinario de sus ayunos fue el que emprendió en Calcuta, en 1947, para intentar acabar con la matanza cruel e inmisericorde desatada entre hinduistas y musulmanes al tener lugar la independencia de la India y su partición en dos países, con la creación de Pakistán.

El 1 de septiembre, a las 8:15 de la noche, el Mahatma inició un ayuno a morir mientras en las calles de Calcuta los hindúes musulmanes e hinduistas se asesinaban mutuamente de la manera más salvaje. Parecía imposible que le hicieran caso, ya que su propósito incluía a los musulmanes, siendo él hinduista. Pero al día siguiente, empezó a llegar a él gente de ambas religiones diciendo que harían lo que fuera para salvarle la vida. Gandhi respondió que eso no era lo correcto, que lo importante era que comprendiesen, que fuesen tolerantes, que respetasen las creencias ajenas, que entendiesen que todos eran hindúes y que eso valía más que su vida.

Llegaron a él los más prominentes musulmanes, los más importantes hinduistas, grupos de facinerosos, agrupaciones de hinduistas, musulmanes y cristianos de todas las clases sociales prometiéndole que ya no habría disturbios en Calcuta y hasta los policías, incluyendo los oficiales ingleses, ayunaron 24 horas en un acto de simpatía y solidaridad con Gandhi. Pero el Mahatma no cedió hasta que hizo firmar a hinduistas y musulmanes un compromiso en su presencia, con la advertencia de que si no cumplían entraría en un ayuno a muerte, esta vez irrevocable. Firmaron.

Su último ayuno comenzó el 13 de enero de 1948 y era también a muerte, para establecer una relación de convivencia entre las diversas religiones de la India, que seguían matándose entre sí en diversas partes. El 18 de enero logró un acuerdo general de musulmanes, siks, hinduistas, cristianos y judíos, el alto comisionado de Pakistán, Nehru, Maulana Azad y hasta el Mahasabhasa Brahmánico y el Rashtriya Svayamsevak Sang (R. S. S.), uno de cuyos militantes lo asesinaría doce días más tarde. Y Mohandas Gandhi habló indicando claramente que estas últimas organizaciones, cuyos dirigentes estaban delante, tenían la responsabilidad de las atrocidades cometidas contra musulmanes en Allahabad.

No hay duda de que Gandhi sobreestimó a su pueblo, creyéndole capaz de entender una doctrina, la suya,

apta para superhombres, para quienes hubiesen superado todo miedo, todo odio, toda pasión malsana, para quienes, como dice el *Bagavad Gita*, emprendiesen la acción sin preocuparse por sus frutos (B. G. VI, 1). Gandhi aclaró esto una vez diciendo que renunciar a los frutos de la acción no significa que no haya frutos. Todo esto es hinduismo puro, pero en la India sólo algunos escogidos, que sí los hay, podían comprender plenamente al Mahatma y seguir sus principios. Pero es importante precisar que, aunque al fin y al cabo los hindúes son solamente seres humanos con todos nuestros defectos, únicamente en la India pudo darse el fenómeno Gandhi. Sólo en la India.

Sólo en la India podían facciones antagónicas, que se odiaban a muerte y que se estaban matando, suspender la lucha y firmar la paz para evitar que Gandhi muriese. En Inglaterra ya vimos morir a los presos irlandeses en huelga de hambre, sin que a la primera ministra se le alterase el pulso.

Sólo en la India podía ocurrir el episodio de la salina Dharsana, con aquellos miles de hombres avanzando hacia el dolor y la muerte sin mover siquiera un brazo para protegerse.

Sólo en la India, de una población actual de unos novecientos millones de habitantes, la mitad es vegetariana, no por creer que eso sea mejor para la salud humana sino para respetar el principio de no violencia y no causar la muerte de animales.

Sólo en la India existen, desde hace milenios, hospitales para animales sostenidos por *los jainas*.

Sólo en la India los monos andan tranquilamente por las calles sin que nadie les moleste, los perros callejeros no le temen a las piedras y los ratones de campo o las ardillas juegan alegremente entre los pies de los humanos.

Sólo de la India un católico practicante, como lo es el filósofo español Julián Marías, ha podido escribir que ***Hay tantas cosas del cristianismo que se entienden mucho más en este país no cristiano...***

Los escritores y biógrafos de Mahatma Gandhi, y muy especialmente los occidentales, se han esforzado por encontrar explicación a sus actos en ideas asimiladas de Occidente. Así, le han atribuido influencia cristiana por su actitud de (con otras palabras) ofrecer la otra mejilla, no respondiendo a las agresiones; influencia de Henry David Thoreau, por la resistencia civil, de John Ruskin, en *Unto this Last*, por lo de no tratar la economía política como una ciencia positiva, ya que, dice Ruskin, no se puede hacer abstracción ni del hombre ni del valor espiritual que representa, rechazando así el *homo economicus* de la escuela liberal. Algunos le atribuyen influencia de textos como *The Kingdom of God is Within You*, también de Ruskin. A los occidentales les asombra, sobre todo, que Gandhi, en sus grupos de oración, incluyese oraciones y cantos religiosos de cristianos, islámicos, judíos e hinduistas. Pues bien, todo, absolutamente todo lo que hizo Gandhi, su manera de obrar y de pensar, tiene sus más profundas y hondas raíces en la India, precisamente en la India y en lo más antiguo de la India, en siglos, quizá milenios, antes de nuestra era. Veámoslo en detalle:

PRIMERO. Como hice notar al principio, Mohandas Gandhi, *bapu*, es decir, padre de la India, nació y se crió en una región en la que abundaban los *jainas*, cuya religión y pensamiento filosófico fueron fundados por lo menos seiscientos años antes de Cristo. Y la base filosófica del jainismo es el *Anekantavada*, que se asienta en los siguientes principios:

a) Todo en el universo puede ser observado desde puntos de vista diferentes, haciendo posibles conclusiones diferentes.

b) Toda proposición es condicional. Nada hay que se pueda afirmar o negar absolutamente.

c) Nada puede ser llamado absolutamente eterno o inmutable ni nada no eterno y mutante. Un objeto es eterno e inmutable en lo que concierne a su sustancia o a la forma

de su continuo fluir y es no eterno o mutante en cuanto a la transformación que sufra en cada momento, asumiendo nuevas formas.

Yashovijaya, monje filósofo jaina del siglo XVIII, profundizó en el tema precisando algo muy importante: quien es fiel a la doctrina del *Anekantavada* no tiene aversión por ningún sistema filosófico. Todos ellos son solamente expresiones parciales de la verdad y los considera con cariño, como un padre a sus hijos. No puede permitirse dar a uno atención excesiva y a otro escasa. Únicamente conoce bien las escrituras sagradas el que, basado en la doctrina de que la verdad tiene muchas facetas, considera todos los sistemas con ecuanimidad. Hablando verdaderamente, la actitud imparcial hacia todos los sistemas filosóficos es el gran secreto de la comprensión de las escrituras.

Mucho más podríamos hablar de los jainas, pero con lo dicho hay suficiente.

SEGUNDO. El principio de *ahimsa*, no-violencia, impregna desde su nacimiento al hinduista medio, pese a todo lo que haya ocurrido o pueda ocurrir de trágica violencia en la India. Para él es algo que, por desgracia, se puede transgredir, pero que no se olvida jamás. Por eso Gandhi, al volver presente y aplicable algo que el hinduista lleva en la sangre, logró esos resultados. Ninguna influencia occidental podría impulsar o reforzar ese sentimiento, consubstancial con la India misma.

TERCERO. En Occidente existe la creencia de que la mansedumbre y la humildad son patrimonio exclusivo del cristianismo. Voy a dar un sólo ejemplo, de los muchos que hay en el hinduismo, tal como se relata en el *Padma Purana*: Un día Visnú, que es una de las encarnaciones del Dios único, descansaba en el regazo de su pareja, Sri Laksmí, cuando sin protocolo alguno entró en la estancia el sabio Brigu y le dio una patada en el pecho. El Señor Todopoderoso se levantó e inclinándose ante Brigu le pidió perdón por no haber estado preparado para recibirle y darle la bienvenida. Y acarició el pie del sabio diciéndole que se podía haber herido al golpear Su

duro pecho. Desde entonces el Señor siempre ha llevado en Su pecho la huella del pie del sabio como marca de honor y señal indiscutible de su ilimitada paciencia. Es evidente que Gandhi no tuvo que acudir a ningún ejemplo extranjero de humildad ni de paciencia para aplicar la no-violencia.

CUARTO. Si Ruskin habló de la espiritualidad del hombre rechazando el *homo economicus*, los estudiosos occidentales de Gandhi debieran haber comprobado que no hay en el planeta un pueblo más preocupado por la espiritualidad del ser humano que el de la nación India, preocupación que va desde el *darshan*, que es la percepción visual de Dios en el templo hinduista y también la percepción de los hombres o mujeres de valía, líderes, sacerdotes o maestros, hasta esa impregnación de religiosidad que no es otra cosa que la percepción de la espiritualidad en los demás. Debo agregar que el *darshan* lo ejerce también el pueblo ante alguien, por ejemplo, que sabe sánscrito —aunque sea un extranjero— o ante un sabio o un dirigente. Julián Marías, entre otros, también captó esa espiritualidad. Gandhi leyó a Ruskin, sí, pero sólo para comprobar que un occidental podía también entender la espiritualidad que en la India se vive cotidianamente.

QUINTO. Contra lo que constantemente se dice y se escribe en libros y periódicos, ya sea por ignorancia o por mala fe, el hinduismo es una religión monoteísta y no politeísta. En todos los textos sagrados del hinduismo, desde el *Rig Veda*, por lo menos de dos mil años antes de nuestra era, hasta el *Ramacharitmanasa*, escrito en 1574, se habla de un solo Dios que tiene muchos nombres. En esa religión el Dios único tiene muchas encarnaciones o avatares en vez de uno solo, como en el cristianismo. Ciertamente hay devotos politeístas en el hinduismo como en las otras religiones del mundo. Cualquier sacerdote católico sabe que cuando un creyente le pide un milagro a San Judas Tadeo, por poner un ejemplo, en vez de pedirle su intercesión ante Dios, está cayendo en politeísmo. Pues bien, en el hinduismo cada creyente puede escoger la forma divina que más

satisfaga a sus sentimientos, como en la religión católica, la pueden escoger quienes veneran a la Virgen María que, siendo sólo una, tiene centenares, quizá millares, de formas, nombres y aspectos en todo el mundo católico. Pues bien, Mohandas Gandhi escogió la forma de Rama, *Ram* en hindi, para su devoción como hinduista y precisamente Rama es el más bondadoso, el más comprensivo y el más misericordioso de las representaciones divinas, según lo demuestra la obra de Tulsi Das que se lee diariamente en voz alta en todos los templos del norte de la India. Rama admite a todos los que sean sus devotos, sin distinción de castas ni de antecedentes. Ni siquiera es necesario ser hindú para adorar a Rama y ser admitido por él.

SEXTO. En cuanto al reino de Dios dentro del hombre, esa es precisamente la idea base con la que los *upanisads* escritos antes de la era cristiana, modificaron el hinduismo anterior, así como el Nuevo Testamento modificó radicalmente al Antiguo. Los *upanisads* exhortan a buscar a Dios dentro del hombre mismo.

SÉPTIMO. En lo que respecta a la posible influencia de Henry David Thoreau sobre Gandhi, de haberla, sería un caso de reciclaje, pues es sabido que Thoreau y su gran amigo Ralph Waldo Emerson habían leído el *Bhagavad Gita* y algunos *upanisads*.

Al Mahatma lo mataron, hace exactamente cincuenta años, por ser un alma grande, por querer la comprensión y la convivencia entre todos los hindúes, fuera cual fuera su religión, lo mataron por no odiar a los musulmanes, por declararse decididamente contra la discriminación religiosa y social y murió diciendo *He, Ram*, es decir, “Oh, Dios”.

Pero hoy, cincuenta años después de que un hinduista fanático asesinase a Gandhi en la casa de Birla, en Delhi, existe en la India un fundamentalismo hindú capaz de destruir mezquitas, de atacar a otros hindúes por no ser hinduistas y de mantener los odios contra los que Gandhi luchó toda su vida. Y, lo que es más grave aún, ese fundamentalismo, que con su posición y sus actos está negando los principios básicos

del hinduismo que dice profesar, podría ganar las próximas elecciones en la India.

La historia de Rama comienza, en su primera versión, la de Valmiki, con un cazador que mata a un pájaro cuando éste juega al amor con su pareja. Y Valmiki, que es testigo del hecho, maldice al cazador, un *nisada*, a vagar sin descanso por toda la eternidad.

***Ma nisada pratistan tva
magamaha sasvati samaha
yat krauñca mithuna decan
mavadi kama mohitam***

Y si el espíritu milenario de la India recoge una tan grave maldición por matar a un pajarito, ¿qué maldición merece un mundo que, primero en cuerpo y después en espíritu, mata a Mahatma Gandhi?

Mohandas Karamchand Gandhi, el Mahatma, fue un toque de dignidad, de valor, de dulzura, de luz y de amor en la sucia historia de la humanidad.

Gandhi: la India se terminó de reimprimir en el Taller de Impresión y Encuadernación de la Procuraduría General de la República, a cargo del C. P. Jaime González Rosales, Poniente 44, No. 2872, Col. San Salvador Xochimanca, Delegación Azcapotzalco, 02870 México, D. F., en el mes de mayo de 1998; su edición consta de 2,000 ejemplares más sobrantes para su reposición; el cuidado de la misma estuvo a cargo de Ángel González Morales, Ernesto Ortega Reyes, Jesús Mora González y Araceli Cruz Alanís, de la Dirección General de Constitucionalidad y Documentación Jurídica.



PROCURADURÍA
GENERAL DE LA REPÚBLICA
MÉXICO 1998

PASEO DE LA REFORMA NORTE, No. 75, COL. GUERRERO, 06300 MÉXICO, D. F.